



Seix Barral

Juan Gómez Bárcena

Mapa de soledades





Seix Barral Los Tres Mundos

Juan Gómez Bárcena

Mapa de soledades

© Juan Gómez Bárcena, 2024

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Esta obra se ha escrito gracias al impulso de la Beca Finestres de Ensayo en castellano, que otorga la Fundació Finestres
fundaciofinestres.com



Primera edición: octubre de 2024

ISBN: 978-84-322-4403-2

Depósito legal: B. 14.876-2024

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



SELVA

Escribe Horacio Quiroga que los cuentos deben empezar a contarse por el final. El final es este: Buenos Aires, 1988. Un hotel de la avenida Maipú. Frente al mostrador de recepción aguarda una mujer algo entrada en años. Lleva un equipaje mínimo y viste enteramente de blanco. Solicita una habitación en un piso elevado. Por las vistas, añade. He podido saber —me estremece haber llegado a saber tanto— que le corresponde el noveno piso, habitación 903. Paga por adelantado. Pide que le suban a la habitación un vaso de cerveza, bien fría. No he podido averiguar si llegó a beberse esa cerveza. Quiero creer que sí: que la disfrutó hasta el último sorbo y que estaba tan fría como deseaba.

Nueve plantas más abajo, el recepcionista acaba de cerrar los ojos. Es ya medianoche y hace tiempo que ningún cliente solicita la llave de su habitación o un plano de la ciudad. De modo que se ha quedado dormido, la mejilla sobre el libro de registros abierto, soñando tal vez con clientes que exigen llaves y planos.

De pronto, se escucha un estruendo que viene de la calle. Un estruendo y ningún grito. El recepcionista da un

respingo, como sorprendido en falta. Todavía medio dormido corre hasta la puerta principal, pero no puede abrirla, porque está bloqueada por un bulto blanco. Para entonces, al otro lado del cristal, la avenida se ha llenado de curiosos que rodean el cadáver o que señalan la ventana abierta del noveno piso, todavía con las cortinas penduleando y la luz prendida. Dos policías somnolientos toman declaración a los testigos y anotan muchos datos inútiles: el vestido blanco, la habitación 903, la cerveza bien fría. Solo al consultar el libro de inscripciones del hotel descubren que se trata de María Elena Quiroga, la última hija viva del gran escritor Horacio Quiroga. Llevaba viviendo más de cincuenta años en Buenos Aires, pero por alguna razón escogió registrarse como residente en San Ignacio, provincia de Misiones.

Casi ochenta y cinco años atrás, Horacio Quiroga llega por primera vez a San Ignacio, provincia de Misiones. No viaja solo. Forma parte de una expedición que recorre la selva buscando ruinas de las antiguas misiones jesuíticas. Horacio es el fotógrafo del grupo: hay que imaginarlo un poco rezagado, con la cámara de fuelle, las placas y el trípode echados al hombro. Lleva también consigo un cuadernito en el que garabatea los pormenores del viaje. Nadie presta demasiada atención a ese cuaderno ni al propio Horacio, porque por aquel entonces Horacio no es todavía Quiroga. No es el escritor que conocemos, sino un muchachito algo petulante de veinticinco años, que apenas ha publicado algunos versos y que nunca ha visto la selva. Es asombroso imaginar eso: Quiroga sin la selva, Melville sin el mar, Lawrence de Arabia sin el desierto. Y sin embargo, es así: hubo un tiempo en que Quiroga

no sabía lo que era la selva. Se presenta en el vapor que le llevará hasta Misiones con una indumentaria ridícula, de dandy que juega a la aventura y no llega más lejos del jardín de su casa. Sus compañeros de expedición ríen más o menos disimuladamente al verlo aparecer con su camiseta de franjas rosas y doradas, sus botas de fieltro que le llegan hasta la ingle, su sombrerito de brin.

Así comienza su viaje al corazón de la selva: como quien acude a un pícnic o a un balneario.

En uno de sus cuentos, Quiroga se refiere a cierto tipo de hombres que, como bolas de billar, van golpeando las bandas de la vida hasta tomar los rumbos más inesperados. Quiroga es uno de esos hombres. El azar lo ha conducido golpe a golpe desde Buenos Aires hasta ese inmenso tapete verde que es la selva de Misiones, y desde entonces ya no pensará en otra cosa más que en la selva. Desde que se enfrenta a machetazos a sus serpientes y sus lianas; desde que prueba por primera vez un guiso de loro y escucha el rugido de un yagüareté, ya nada volverá a ser lo mismo. Es imposible saber qué es lo que ve allí. Qué es eso que ciertos personajes de Quiroga encuentran una y otra vez en San Ignacio de Misiones que no pueden encontrar en otro lado. «Así Juan Brown, que habiendo ido por solo unas horas a mirar las ruinas, se quedó veinticinco años allá.» Así, también, el propio Quiroga: quince años en total viviendo en Misiones; diecinueve años más soñando con regresar a Misiones. Una voluntad que dura toda una vida y se forja en un solo viaje, un único día, quién sabe si un único instante, mientras contempla absorto las ruinas de San Ignacio devoradas por la maleza. Lo imagino así: Quiroga sentado frente a las paredes estragadas de la antigua iglesia, demasiado concentrado incluso para hacer una fotografía. Ve palmeras creciendo entre las ner-

vaduras de los arcos y pájaros cantando en los bosques de columnas que ya no soportan nada y raíces de árboles monstruosos estrangulando lentamente los lienzos de piedra. Ve la profundidad de la selva, que en menos de un siglo ha vuelto a colonizarlo todo, que no perdona ni siquiera ese frágil rectángulo de piedad y recogimiento, y comprende que la vida humana es eso, combatir contra la selva y perder, combatir contra el tiempo y perder también. Quiroga echa la última bocanada de humo de su cigarrillo y decide sordamente que él también aceptará ese destino. Regresará a Misiones y edificará con sus manos una casa en la que librar su propio duelo contra la selva. Se enfrentará al calor y a las alimañas y a los árboles impenetrables y a la misma muerte, en fin; se enfrentará a la muerte y fracasará y hará de ese fracaso el resto de su vida. Eso decide, cierto día de julio de 1903, con un cigarrillo en la mano y la cámara fotográfica todavía sin desembalar.

La historia de este libro es también la historia de una partida de billar. Tuvieron que sucederse muchas carambolas para que desde España yo fuera a caer precisamente en la tronera de San Ignacio de Misiones, o lo que es lo mismo, en el mundo de Horacio Quiroga. Me gusta el símil del billar, aunque por supuesto no se me ocurrió hasta mucho después, porque por aquel entonces aún no conocía demasiado bien a Quiroga. Solo sabía sobre él lo que puede encontrarse en cualquier libro de texto: la muerte, la locura, la selva. Fue en los meses siguientes, tras el viaje, cuando comencé a leerlo obsesivamente, y cuando a través de su lectura me decidí a recorrer el camino que me ha llevado hasta estas páginas.

Llegué a Buenos Aires en agosto de 2022, como profesor invitado del programa de Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de las Artes. Digamos que esa fue la primera carambola: el Ministerio de Cultura de España, que era quien sufragaba los gastos. Al poco de aterrizar me cité con Roque Larraquy, escritor argentino y director del programa. Supongo que Roque fue, sin quererlo, la segunda carambola: el golpe de banda que habría de llevarme hasta San Ignacio. En aquella mañana de mi primer día en Argentina paseamos por el barrio de San Telmo mientras hacíamos planes —yo creía que eran eso, planes— para llenar los dos meses de mi estancia. ¿Quería yo impartir una conferencia al claustro universitario? Bien: esa conferencia tendría lugar en septiembre, ya habría tiempo de fijar la fecha. ¿Quería yo dar alguna de sus clases? No se hable más: hablaríamos pronto al respecto, mañana mismo. ¿Quería conocer a Mariana Enriquez, a Martín Kohan, a Tamara Tenenbaum? Todos ellos cenaban puntualmente en su casa, daban fiestas, intercambiaban copas de vino y consejos de escritura; la próxima de esas veladas históricas contarían, por supuesto, también conmigo. ¿Y si agarramos un día mi auto, y te llevo a recorrer la provincia?, preguntó de pronto en voz demasiado alta, como emborrachado por su propio entusiasmo. Claro, me parece muy bien, dije: si yo acá, aparte de las clases, no tengo nada que hacer. ¿Nada? ¿Nada de nada? Entonces no se hable más, dijo al despedirse: te marco mañana y vamos concretando.

Roque jamás me llamó. Nunca supe por qué, de modo que esta es la única parcela de verdad que soy capaz de compartir en estas páginas: Roque Larraquy jamás marcó mi número de teléfono. Durante algún tiempo conjeturé, casi exigí, su muerte. Pero no estaba muerto: cada martes de 18.30 a 20.30 lo vi pasearse, ofensivamente vivo, frente a

la pizarra del aula 210, donde impartía su clase Taller de Narrativa I. Cada martes, también, me estrechaba la mano al salir de la clase. ¿Qué tal te adaptas, Juan? ¿Cómo va la vida en Buenos Aires? Pronto te marco para esa conferencia, para esas clases, para ese viaje por la provincia, para esa velada cebando mates con Mariana Enriquez. Y se despedía trotando hacia su casa en la avenida Rivadavia, que era, por cierto, la calle donde yo mismo vivía: veinte minutos caminando fue la distancia que nos separó durante todo ese tiempo.

Creo que fue paseando solo por Buenos Aires, a la sombra de sus cuadras gigantescas, donde comencé a pensar en este libro. Ahí conocí una nueva forma de soledad: la que solo puede florecer en los limbos, en las salas de espera, en los períodos de cuarentena. La soledad que se asienta en el tiempo conjetural de las promesas. Porque en la promesa, sobre todo en las promesas incumplidas, uno está mortalmente solo, sujeto a la voluntad del otro como un juguete está esclavizado en las manos de un niño. A lo largo de mi vida he realizado estancias en muchos países, a menudo durante períodos de tiempo inusuales, demasiado largos para ser llamados turismo y demasiado breves para ser llamados vida; y siempre, de un modo u otro, he sabido reunir muy pronto las fuerzas y el impulso para construir eso que llaman red de apoyo. Un puñado de conocidos, uno o dos amigos improvisados, una cafetería que nos gusta, un parque por el que pasear, un restaurante o una librería o una sala de cine donde refugiarnos. Nada de eso encontré en Buenos Aires. Digamos que durante las primeras semanas no me decidí a tomar las riendas de mi viaje, porque estaba esperando la llamada de Roque, y durante las últimas semanas ya no tomé las riendas de mi viaje, porque ya era demasiado tarde para recibir la lla-

mada de Roque y para ninguna otra cosa. Todo en Buenos Aires parecía contagiado de Roque; todo era, en cierto modo, Roque mismo. Los camareros, por ejemplo. Esos camareros tristes de los cafés históricos de Buenos Aires, que se creen secretamente parisinos con sus pajaritas negras y sus uniformes blancos, y que por alguna razón desconocida para mí demoraban hasta lo increíble la tacita de café, la milanesa con queso, la medialuna de manteca que les pedía. Ahora mismo, decían, y yo me echaba a temblar. En mi locura no eran ellos, sino el mismísimo Roque Larraquy quien se afanaba en secar con un trapo el mismo vaso eterno, mientras yo esperaba un desayuno fantasma. Tengo la sensación de haber pasado la mayor parte de mi estancia en Buenos Aires esperando cosas que no llegaban, o que al llegar lo hacían en su versión más mediocre y disminuida. Buenos Aires fue para mí una especie de vestíbulo eterno para otra cosa, una víspera de un día que nunca fue. Un viaje consagrado a la soledad, en un lugar en el que todo era nostalgia de otra cosa. Por todas partes carteles de Eva Perón, de Gardel, de Madonna, como un adolescente cuelga en las paredes de su cuarto los posters de sus ídolos; como si la ciudad se hubiera hecho vieja de tanto creer en sus sueños de juventud, y ya solo le quedara languidecer en la soledad de las promesas incumplidas.

Por eso, cuando recibí la invitación de mis amigos Carmen Cáceres y Andrés Barba para visitarlos en Misiones, no dudé ni un instante. Su llamada —un mensaje de WhatsApp, en realidad— fue la tercera y última carambola, que habría de llevarme hasta las ruinas de San Ignacio, y desde ahí hasta este libro.

Siete años después de su primera visita, Horacio Quiroga logra cumplir su sueño e instalarse en Misiones. El viaje que yo hago en avión en 2022 él lo emprende en vapor en 1910: menos de dos horas en el aire frente a cuatro días de navegación por el río Paraná.

Bastaría con ver pasear a Horacio por la cubierta del barco para comprender que en estos siete años algo ha cambiado. Su ropa de dandy modernista ha quedado ahorcada en algún ropero de Buenos Aires. Ahora viste botas militares, bombacha gauchesca, pañuelo al cuello. Ya no es un aventurero, sino un colono. Acaba de comprar ciento ochenta y cinco hectáreas de terreno precisamente en San Ignacio, a solo media legua de las ruinas de la misión —pura piedra, dicen los lugareños, malévolos; este citadino ha comprado pura piedra—. En ese pedregal ha levantado una precaria casa de madera.

Es allí a donde se dirige.

Horacio Quiroga y su esposa se instalan en esa casa en el verano de 1910. Hay que imaginar eso: no solo ropa nueva sino también una esposa cogida de su brazo, que mira la corriente del Alto Paraná por vez primera. Horacio paseando entusiasmado por la cubierta del barco y a su lado, más entusiasmada todavía, la joven Ana María Cires. Parece casi una niña, y según se considere, lo es todavía. Se conocieron tres años antes en la Escuela Normal de Buenos Aires. Ana María tenía por aquel entonces dieciséis años y era alumna de Bachillerato; Horacio tenía veintiocho y era, previsiblemente, su profesor. También previsiblemente, sus padres se opusieron al matrimonio. Nunca les gustó ese hombre huraño, un poco misántropo, que hablaba demasiado fuerte y hacía gestos violentos y excéntricos. Su rechazo se transformó en horror cuando comprendieron que quería llevarse a su idolatrada Ana

María a mil kilómetros de distancia, nada menos que a la selva de Misiones. Hay gritos, hay portazos, hay amenazas de suicidio; hay, al fin, resignación, y casamiento, y por último, viaje. «Mi viaje definitivo a Misiones»: así lo llama Horacio en sus cartas. Y ahora, en los últimos compases de ese viaje, la joven Ana María recorre excitada la cubierta del vapor, meneando su quitasol blanco. Sabe o piensa que se dirige a la casa de sus sueños. Quiroga ha pasado en Misiones el verano anterior, cortando maderas y construyendo esa casa con sus propias manos. Porque a la selva, piensa, hay que enfrentarse así: con las manos desnudas. Es, en cambio, la primera vez que Ana María visita San Ignacio. Desde que se conocieron, Horacio le ha hablado incansablemente de ese paraíso. Sus narraciones, y un par de fotografías borrosas que encontró en cierto atlas geográfico, es todo cuanto Ana María sabe sobre la selva.

Los primeros días en Misiones también a ella le embarga el entusiasmo. Todo es tal y como Horacio le ha contado tantas veces: puede que incluso más hermoso, más grande. Desde la ventana de su casa contempla la frondosidad de la selva que empieza casi en su mismo jardín, y tras ella el resplandor plateado del Paraná, inmenso como un lago que se retorciera hasta el horizonte. Ve pájaros que nunca antes ha visto; árboles gigantescos cuyo nombre ignora. La casa, la primera casa que le pertenece —será, también, la última—, es humilde pero acogedora. Cada tabla de las paredes o del techo ha sido serrada, cepillada y ensamblada por su marido, de modo que siente como si habitara una fantasía de Horacio: como si ahora también ella perteneciera al mundo de sus sueños. La primera noche comenzó a diluviar como a veces diluvia en San Ignacio, y se abrieron agujeros del tamaño de una moneda

entre las planchas de zinc del techo, y tuvieron que arrastrar aquí y allá los muebles para evitar los goterones, qué risa: hasta eso fue divertido. La soledad es completa —ni una sola luz humana en la noche sin límites de la selva— y sin embargo no está sola, porque duerme en los brazos de Horacio.

Unas largas vacaciones. Eso es lo que le parece la selva a Ana María Cires, en estos primeros días de 1910: unas vacaciones que no terminan.

Aterricé en el aeropuerto de Foz de Iguazú una mañana de finales de agosto. Mis amigos vivían en Posadas, más de trescientos kilómetros río abajo. Acordamos que aprovecharía para visitar las cataratas y que dos días más tarde tomaría un microbús hasta Posadas, donde mis anfitriones me esperaban para pasar juntos el fin de semana.

Aquellos cinco días en Misiones fueron los mejores de mi viaje a Argentina, pero ni siquiera entonces se desvaneció por completo la sensación de vacío que había sentido fraguarse en las últimas semanas. Todo empezó ya en el taxi, donde sin motivo aparente el chófer se arrancó de pronto a hablar del suicidio; de la extraña fijación que según él tenían algunas personas por precipitarse desde lo alto de las cataratas. Una costumbre que en su opinión no había hecho sino crecer en los últimos años, porque el país, sin duda yo ya me había dado cuenta, se iba a la mierda. Cada vez que un imbécil se tiraba, me explicó con irritación creciente, todo el parque se ponía patas arriba; había que desalojar a los visitantes, cerrar tramos de las cataratas, contratar lanchas, helicópteros, buzos: el numerito completo. Todos, desde el primero hasta el último, salíamos perdiendo con cada muerte, repetía el taxista sin de-

jar de aporrear su volante: el primero de todos, el propio muerto. Por eso, en los últimos años las autoridades se habían visto obligadas a contratar guardaparques disfrazados de turistas cuyo trabajo consistía en patrullar las barandillas favoritas de los suicidas, atentos a aquellos que se asomaban demasiado. Eso me contó el taxista, no sé si en broma o en serio —aún hoy no he llegado a averiguar si esos guardaparques de incógnito verdaderamente existen— pero ya no pude dejar de pensar en ellos en toda la semana, y durante mi visita a las cataratas me pareció reconocerlos en cada barandilla, fingiendo tomar fotos pero en realidad velando por todos nosotros. ¿Qué era lo que buscaban? ¿Ojos vidriosos, andares sonámbulos, mandíbulas crispadas? ¿Qué síntomas inequívocos delatan al verdadero suicida? Llegué a preguntarme qué es lo que verían esos guardaparques al mirarme a los ojos: si yo, contemplado en la distancia, podía ser confundido con un potencial suicida. Hay algo en ese trabajo, en la necesidad permanente de esperar siempre lo peor, de prever el horror incluso en el escenario idílico de las cataratas, que todavía me estremece. Me vienen a la cabeza muchos otros oficios solitarios del presente y del pasado —barqueros, fareros, vigilantes nocturnos—; ninguno tan solitario, me parecía entonces y me sigue pareciendo ahora, como el oficio de perderse en la muchedumbre para reconocer los rasgos de la desesperación en miles de rostros, ocho horas cada día.

Pero de todas las cosas que escuché o vi en Iguazú, ninguna me impresionó tanto como la noticia que acaparó los titulares de los periódicos el 30 de agosto de 2022, exactamente el día de mi llegada: la muerte del Hombre del Agujero. Me pareció que había algo conmovedor o extraño en el hecho de que este hombre ignoto acabara de morir en la selva brasileña de Rondonia, precisamente el mis-

mo día que yo pisaba por primera vez la selva de Misiones. Uso la palabra *precisamente* a conciencia, aunque a decir verdad no tengo muy claro por qué. Entre Misiones y Rondonia hay dos fronteras nacionales y casi dos mil kilómetros de distancia, y sin duda muy diferentes condiciones ecológicas, botánicas, pluviométricas; pero para un occidental todas las selvas son la misma selva, igual que para un yanomami no hay ninguna diferencia entre el centro de Washington y un suburbio de Kuala Lumpur. Digamos pues que por un instante me convencí de que los árboles y el follaje espeso que me rodeaban eran los mismos que el Hombre del Agujero había visto antes de morir. Fue entonces, leyendo una y otra vez en mi hotel los artículos casi idénticos que pude encontrar sobre el suceso, cuando comencé a pensar en la soledad de la selva; y fueron esos pensamientos los que meses más tarde me decidieron a recorrer este mapa de soledades que todavía hoy atravieso.

Existen más de diez mil indígenas en situación de aislamiento en la selva amazónica. Por supuesto, se trata solo de una estimación: para establecer un cálculo preciso necesitaríamos llegar al último rincón de la selva, y si lo hiciéramos significaría que ya no queda ningún indígena por contactar. Creemos que la mayoría se agrupan en pequeñas tribus de más de un centenar de miembros. Otros, como los korubo, se han visto reducidos en las últimas décadas a bandas exiguas, del tamaño de una familia. Pero solo uno ha vivido durante casi treinta años en la más absoluta soledad: el Hombre del Agujero.

Por supuesto, ese no es su verdadero nombre: no quiso que lo supiéramos. Había que llamarlo de algún modo

y la prensa lo bautizó así. También así: el hombre desconocido. El hombre de la reserva Tanaru. El último de su tribu. O incluso así: el hombre más solitario del mundo. No conocemos la lengua en la que hablaba, si es que hablaba: en los casi treinta años que supimos de su existencia, los técnicos de la FUNAI (Fundación Nacional del Indio) no le escucharon decir ni una sola palabra. Tampoco sabremos nunca su edad, sus creencias, la etnia a la que pertenecía. Solo sabemos que entre 1995 y 2022 vivió en el corazón de la selva de Rondonia, en Brasil, alimentándose de monos, papayas y jugos de semillas, y amenazando con sus flechas a todo aquel que se aproximara. En ese tiempo se mudó constantemente, a través de más de ochenta mil hectáreas de selva. Los antropólogos trataron de encontrar alguna lógica en esos desplazamientos: cercanía de la caza o el agua, acidez del suelo, floración estacional de ciertas plantas y árboles. No encontraron ningún patrón, o mejor dicho, acabaron encontrando el patrón más temido de todos: el Hombre del Agujero simplemente estaba huyendo de ellos. Estas mudanzas fueron tan constantes, tan desquiciadas, que a lo largo de veintisiete años construyó con madera y hojas de palma más de cincuenta chozas, todas ellas con un agujero de casi dos metros de profundidad excavado en el suelo. Ese agujero que los antropólogos no pueden explicar le daría su nombre.

Primera hipótesis: el Hombre del Agujero cavaba agujeros porque intentaba ponerse a salvo del mundo.

Fue avistado por primera vez en 1995: para entonces ya estaba completamente solo. Se cree que el resto de su tribu había sido masacrada tiempo atrás, seguramente a manos de una partida de leñadores o de cazadores furtivos. No hay pruebas de que usaran sus rifles: segura-

mente prefirieron el viejo método de obsequiar a los nativos un saco de azúcar mezclado con matarratas. Tal vez al Hombre del Agujero no le gustó esa tierra extraña, tan dulce y tan blanca. Durante días y noches —el matarratas es un veneno de acción lenta, según leo en el vademécum— el Hombre del Agujero vio morir uno a uno a hombres, mujeres y niños. Vio sucederse en sus rostros las muchas máscaras de la muerte, y luego le tocó contemplar cómo sus cuerpos se iban acalambando y pudriendo en sus hamacas, con la exactitud de la fruta demasiado madura. Desde que leí la noticia de su muerte he pensado muchas veces en ese momento. La noche en que se quedó definitivamente solo. Lo imagino mirando enajenadamente la hoguera, sordo a las palabras de sus antepasados y mudo ya para siempre, vacío de toda explicación o consuelo. Sé muy bien que no durmió: pasó sentado frente al fuego toda la noche. Luego, ya a la luz del alba, se puso en pie, escupió a las brasas y siguió viviendo. Simplemente siguió viviendo.

¿Cómo fue capaz de hacerlo?

Veintisiete años más tarde, un agente de la FUNAI lo encontró muerto en el interior de su choza, acostado en su hamaca. Al menos eso es lo que contaba el periódico que leí en el aeropuerto. También precisaba que el cadáver, parcialmente descompuesto, apareció cubierto por un buen número de plumas de guacamayo, como si en el último momento hubiera intentado confeccionarse alguna clase de disfraz o de vestimenta sagrada. Un sudario hecho de plumas amarillas y azules, para volar muy alto sobre los árboles y sobre el cielo. Una indumentaria acaso semejante al traje elegido en el que pensaba Emily Dickinson.

*Que íbamos a vivir no lo sabíamos —
ni cuándo — hemos de morir —
nuestra ignorancia — es nuestra coraza —
llevamos la Mortalidad
tan ligeros como un Traje Elegido
hasta que se nos pide que nos lo quitemos —*

En el centro de su choza, exactamente en el centro, encontraron un nuevo agujero, tan profundo como la estatura de un hombre.

Segunda hipótesis: El Hombre del Agujero, tal vez sin saberlo, estaba cavando tumbas futuras.

Horacio, mientras tanto. Una pala en la mano: también él cava. Justo en este momento ha concluido un pozo —otro agujero— del que sacar agua; un huerto en el que plantar bananas y mandioca. Horacio y el Hombre del Agujero separados dos mil kilómetros, pero excavando los mismos agujeros; a un siglo de distancia, pero tan cerca el uno del otro que se diría que pueden caber en la misma fotografía.

Cada noche Horacio duerme con los postigos abiertos, para despertarse con las primeras luces del amanecer: exactamente a las cinco y media de la madrugada. Apura su café y sale al jardín con sus botas militares y su pantalón caqui; el torso desnudo, como un demiurgo hosco y silencioso. En la mano derecha, una herramienta. Un machete para abrir trochas en la selva; una azuela para tallar su piragua; una escopeta para cazar monos o halcones. A veces, incluso una pluma estilográfica. Porque a eso se dedica Horacio, a escribir cuentos que se publican en los periódicos de la capital. También acaban de nombrarlo juez de paz de San Ignacio, así que de vez en cuando vie-

nen a encargarle gestiones minúsculas. Guarda en una latita de galletas los certificados de nacimiento y de defunción del pueblo, papeles garabateados sin esmero que nunca tiene tiempo de poner en orden. Cuando el visitante inoportuno se marcha, al fin suspira. Vuelve a sus herramientas, a su jardín, a su batalla contra la maleza.

El Hombre del Agujero se rinde ante la selva: no busca transformarla ni mejorarla, sino tan solo habitarla. Horacio, en cambio, está aquí para derrotarla. No quiere someterse a la Naturaleza sino medirse con ella; fundar una civilización de bolsillo para luchar contra la misma selva que devoró la misión de San Ignacio. Quiere vencer allí donde un imperio fracasó. En una carta dirigida a su amigo Leopoldo Lugones, escribe: «El hombre se halla en la soledad como el náufrago en el mar: o nadando y a salvo, o muerto». No puede detenerse. Planta naranjos, diseca pájaros, curte pieles. A veces se embarca en excursiones por las riberas del Paraná, en una canoa fabricada por él mismo que siempre parece a punto de hundirse, y regresa sudoroso y feliz como un niño, con una serpiente colgando del hombro; su piel servirá para encuadernar un libro. No llega a casa hasta el anochecer —Ana María ha encendido ya el farol y sale a buscarle, con el rostro día a día más ojeroso y demacrado; tiene la comida en la mesa y las manos en el regazo—. Pero Horacio no se sienta a cenar: no todavía. Aún le quedan fuerzas para leer, a la luz de la vela, algunos libros. Lee a sus maestros: Thoreau en su cabaña a orillas del lago Walden y Knut Hamsun en su cabaña en los bosques de Noruega; Robinson gobernando su isla virgen, Kipling internándose en las junglas de la India, Tolstói liberando a sus siervos en Yásnaia Poliana. Antes de acostarse, se complace en salir a la negrura del jardín y orinar largamente contra la hierba. Más tarde, en

la cama, se acuerda de estrechar el cuerpo de Ana María y le pregunta con un último fuelle de voz cómo fue su día.

Algunas veces, se duerme mientras Ana María le contesta.

Decía Julio Cortázar que el traductor es como un caracol. Viaja con su casita a todos lados, con su máquina de escribir a cuestas, y no necesita echar raíces en ninguna parte. Esa descripción se ajusta bien a mis amigos Carmen y Andrés: traductores, escritores y también, tal vez como consecuencia, nómadas. Llevan juntos diez años, y en ese tiempo han vivido en Buenos Aires, en Madrid, en Nueva York; incluso un breve período en Huelva. No se mudan por placer, o al menos no solo por placer. Siempre hay algún motivo: una beca de escritura, una renta de alquiler asequible, una corazonada. El COVID-19. A Misiones, por ejemplo, llegaron en los meses más rigurosos de la pandemia: huían de Estados Unidos, donde carecían de cobertura médica. Fue una solución temporal, o así lo creyeron en un principio, pero dos años más tarde seguían ahí, esperándome con una copa de vino en la mano y toallas dobladas sobre la cama de invitados. También con sus dos hijos, que habían nacido en diferentes escalas de su periplo. Charo tenía por aquel entonces apenas dos meses y era misionera; Roque acababa de cumplir cuatro años y era madrileño. Sí: había una extraña ironía en el hecho de que ese niño que me solicitaba constantemente para participar en sus juegos, ese niño que me quiere o me quiso durante el breve espacio de mi viaje, se llamara precisamente Roque.

Aquella primera noche, cuando llegué a su casa, los niños ya dormían. La velada pertenecía a los adultos, con

ese alivio indisimulado que reina en las casas donde viven niños. Esa hora en la que los pequeños se acuestan y los padres te dicen que son muy felices y al mismo tiempo, bueno, sirvámonos una copa de vino, ¿no? Andrés estaba acabando de brasear un surubí a la parrilla. Me explicó que un surubí era un pez delicioso del Paraná que yo sin duda tenía que probar, y mientras tanto Carmen entornaba levemente los ojos, como si los surubíes no fueran tan ricos o fuera el Paraná en su conjunto el que no diera la talla. Cuando ya sentados en la mesa les pregunté si creían que esta mudanza había sido la definitiva —«mi viaje definitivo a Misiones», escribía Quiroga en sus cartas—, ambos me contestaron muy rápido que no. Cuando quise saber cuáles eran sus planes futuros, se limitaron a mirarse y encogerse de hombros.

Andrés es español, como Roque. Carmen es argentina, como Charo, y nació, precisamente, en Misiones, así que podría decirse que para ella este último destino tiene algo de regreso. La gente suele creer que soy yo la que le ha arrastrado aquí, me dijo Carmen riendo, pero es casi al revés: a veces me parece que él es el misionero. Entiendo lo que Carmen quiere decir. Andrés parecía haberse adaptado muy bien a la vida en Posadas. Durante la cena fue él y no ella quien hablaba con entusiasmo del lugar. Es una ciudad chiquita, poquita cosa, decía Carmen, como pidiendo disculpas, y él traducía: es una ciudad manejable y hogareña. No hay nada que hacer, yo no sé si te vas a aburrir, añadía ella; y Andrés corregía: hay muchas cosas que ver si tienes quien te guíe. No es muy bonita; sí lo es, pero hay que buscarle el encanto. Vida cultural, lo que es vida cultural, aquí no vas a encontrarla. No importa, resolvía Andrés: un par de veces al año viajamos a Buenos Aires y nos quitamos las ganas de ir a los teatros y a presentaciones

de libros. En los dos años que llevaban allí, Andrés había aprendido a hacer auténticos asados argentinos y a practicar vela en el río Paraná. Formaba parte de un grupo que hacía marchas por la selva y a veces le gustaba perderse en las ruinas de las antiguas misiones jesuíticas, que no visitaba nadie o casi nadie. Mañana te llevo a las ruinas de San Ignacio, que son las mejores, resolvió Andrés de pronto, y si nos queda tiempo visitamos la casa de Horacio Quiroga.

Bueno, dije, con más entusiasmo por la misión y menos por la casa de Quiroga. Nunca me han interesado por sí mismas las casas de los escritores, mucho menos las casas de los escritores que no he leído o que he leído muy poco, pero Andrés estaba tan apasionado con la idea que no quise contradecirle. Carmen tenía razón: parecía él el misionero. Él quien debía ser felicitado por la belleza de su tierra y por la grandeza de sus escritores.

Al día siguiente Carmen tenía que trabajar, así que fuimos Andrés y yo quienes viajamos en coche hasta las ruinas de San Ignacio. Tal y como prometió, no encontramos ni un solo turista. Solo una guía desganada que nos entregó nuestros tickets —cien pesos cada uno; menos de lo que cuesta tomar un café— y nos repitió lánguidamente algunos datos: fundada en 1610 y destruida en 1817; siete hectáreas; más de cuatro mil habitantes en su época de mayor esplendor.

Cuatro mil habitantes en 1732 y ni una sola persona en toda la extensión de las ruinas.

Vimos, pues, eso mismo: la ausencia. Esa soledad imprecisa que empapa los lugares que han contenido muchedumbres y ahora están vacíos. Casas sin techo, losetas res-

quebrajadas sin nadie que las pise; la inmensa puerta de arenisca roja de la iglesia, sin muros y también sin iglesia. Una inmensa plaza que alguna vez se quedó pequeña para acoger a toda la comunidad y que ahora el sol barría implacable, sin arrojar una sola sombra. Parecía inevitable pensar en esos indios que ya no estaban, en la clase de vida que durante dos siglos llevaron en este lugar, antes de que los jesuitas fueran expulsados; antes de que los *bandeirantes* portugueses y los invasores paraguayos asediaran sus muros y vendieran a los últimos supervivientes como esclavos, o los obligaran a retornar a la selva. Entre aquellas ruinas me sentía ahí y aquí al mismo tiempo, en el día de hoy y también en el día en que los jesuitas llegaron a esta tierra. Y también, por qué no, me parecía estar con el Hombre del Agujero en la selva de Rondonia, viendo dos estaciones de un mismo recorrido, el principio y el fin de una historia. Un contacto que empieza en el siglo XVII, con cuatro mil indios cantando misas cristianas, y termina en 2022 con un último indio muerto y muchos agujeros vacíos.

Tercera hipótesis: los agujeros del Hombre del Agujero son huecos donde guardar la ausencia de los otros.

No quedaba mucho de los edificios que alguna vez hicieron tan codiciada a la misión de San Ignacio, un emporio de riqueza en medio de la selva inculta; pero mucho menos aún quedaba de la propia selva que alguna vez fue casi impenetrable. Solo algunos árboles dispersos entre las ruinas, más semejantes a la floresta de un jardín o a un proyecto de bosque. En algún momento Andrés recordó en voz alta que la palabra *selva* procede del latín *silva*, y que en su origen significaba, precisamente, «bosque». Así que los romanos dieron nombre a nuestras selvas, pero no tuvieron la oportunidad de conocer ninguna. Ni siquiera llegaron a

sospechar la existencia de esas junglas insondables que se extendían muy lejos de sus dominios, debajo del Sáhara o al otro lado del Atlántico. Sus selvas eran en realidad bosques perennes como los que todavía pueden encontrarse en la Selva Negra y que por aquel entonces se extendían por buena parte de Germania. En ellas moraban los enemigos de Roma, los hombres que masacraron las legiones de Varo y que siglos más tarde asolarían las llanuras de Italia, de modo que para los romanos el bárbaro estará ya para siempre asociado a la soledad de la selva.

Un bárbaro, es decir, un *silvaticus*; es decir, un salvaje.

En algún momento nos sentamos en un montón de escombros —cuidado con las arañas, me advirtió Andrés; aquí hay que tener mucho cuidado con las arañas— y comenzamos a hablar sobre la misteriosa relación que desde tiempos inmemoriales parece haberse trazado entre botánica y barbarie. Me gustaría poder reconstruir aquí las palabras exactas que intercambiamos. Solo recuerdo que le hablé del Hombre del Agujero, ese superviviente de los hombres de los bosques a los que se enfrentaron los conquistadores españoles y portugueses en América, y Andrés escuchó. Luego me habló de su novela *República luminosa*, protagonizada por una tribu de niños salvajes que desde la selva y desde el subsuelo se resisten a la civilización de los adultos, y fui yo el que escuchó. Y así estuvimos largo rato, con la parsimonia de quien fuma pero sin encender un solo cigarro, sentados en aquellas ruinas sin arañas y sin turistas, hasta que Andrés me dio una palmada en la pierna.

Y ahora nos queda lo mejor, dijo poniéndose en pie de un salto. La casa de Quiroga.